1 Si andas con astronautas, acabarás sentado en la luna

Todavía no sé bien por qué extraña razón aquella mañana decidí volver solo a casa, caminando, en vez de esperar a los otros y coger el autobús como de costumbre.

Fue entonces cuando Elisa cruzó la calle y vino hacia mí pronunciando, más o menos, mi nombre.

—¡Eh, Galax! ¿Vas para la «urba»?

La beldad de cabello rojo Marte y ojos de almendras amargas al poco comenzó a contarme, como si tal cosa, que acababa de cortar, «de cuajo», con el capullo con el que se la veía últimamente.

—¿Cómo dices que se llama?

—Precisamente, no se llama. A partir de ahora es el Innombrable.

¡Elisabeth y yo, juntos!

Hubiera dado igual que se dirigiera a mí para insultarme, pero no solo no se trataba de eso, sino que ¡ella buscaba mi compañía! Era la primera vez en la vida que cruzábamos algo más que una acera, así que el feliz acontecimiento borró de un plumazo lo que en aquellos momentos ocupaba mi mente y conmocionaba mi vida: la espera de la contemplación de la gran lluvia de estrellas fugaces que se aproximaba al planeta Tierra; era noviembre, y la visión de las Leónidas, inminente.

La urbanización donde vivimos ambos es el motivo de que Elisabeth y yo coincidamos en algo más que el cambio de clases en el instituto o en el patio de recreo; aunque hasta la fecha el hecho de tener intereses y amigos diferentes nos ha mantenido a considerable distancia.

Elisabeth, Elisa, Eli para todo el mundo, a pesar de que tiene diecisiete años, como yo, es famosa por sus cosas, es decir, un desastroso expediente académico y su carácter pasotilla y rebelde.

—Una, que es cañera —se defiende, insolente—. ¿Qué *passsa*?

Alego en su defensa las circunstancias personales, que deben ser consideradas atenuantes, ya que la suya es una familia «bifásica», en contraposición a la mía, «mononuclear», como un compacto huevo frito; o sea, es hija de padres separados, y toda una experta en burlar a su progenitora, bajo cuya tutela vive, tanto como en cambiar la clase de matemáticas por Carmela y esfumarse «por ahí». Todo porque le gusta provocar y alimentar su fama de chica mala entre los de su panda.

¿He mencionado ya que siempre me ha vuelto loco? Ella y ese piercing de su boca, o el diminuto brillante en la aleta de la nariz… El mismo que le tiembla en destellos cuando se enfada como anunciando una descontrolada reacción en cadena. Porque Elisa es atómica; una gigantesca bola de fuego que puede alcanzar millones de grados a partir de una cierta cantidad de materia. Eso que los físicos definen como masa crítica y el vulgo llama tocarle a uno las narices. Elisa lo tiene todo: tempestad y luz, belleza y sombra.

Cierto que puede que no sea objetivo, porque aunque su fulgor confirma que está formada de

estrellas, cualquiera se da cuenta de que ando abducido por el cosmos de su ombligo. Me pregunto qué extraña conjunción hace que un astro tal se haya fijado en mí, un chico formal y obediente que, aunque le gustan las mismas cosas que al resto, disfruta especialmente con el espacio infinito.

Será que soy su polo opuesto. ¡Esa es la grandeza de la física!

Es que yo creo en la física.

Le molo. Juan Pérez Riquelme, alias el Galaxias, le mola a la leona rugidora poco mordedora, el meteorito que ha penetrado mi atmósfera incendiándola a su paso. Qué digo meteorito: digo Sol, y me refiero a la estrella, esa enorme bola de gas llena de energía y en revolución permanente. ¿Sol? ¿He dicho Sol? Ella solo puede ser el universo mismo. A mí me lo parece desde que salimos.

Porque Elisabeth y yo salimos.

O entramos, según se mire.

Eso nadie me lo puede negar. Salimos de clase, e igual que antes yo esperaba a Olga y a Coro, y ella esperaba a Carmela… por poner un ejemplo,

desde aquel día nuestras vidas convergen hasta que llegamos al parque de la urbanización.

A pesar de todo y de todos. A pesar de mis primeros y torpes intentos.

Viernes.

Acababa de dejarla en la puerta de su casa —eso sí, tras una animada charla estelar—, cuando caí en la cuenta de que hubiera sido perfecto invitarla a salir.

Gilipollas. Se lo pediría por teléfono.

—¿Diga?

—¿Eli?

—¿Sí?

—Soy yo.

—¿Quién?

—Juan. Juan Riquelme —dije abreviando apellidos.

—Ah, sí, hombre. Dime, Galax.

—Ejem, que digo que si nos vemos luego… Esta tarde.

—Brrrrgzf. Es que he *quedao*…

—Ah…, vaya…

—Bueno, estoooo… Te dejo, que voy pillada, ¿vale?

Piiiiiiiiiiii.

Desde entonces escucho atentamente los mensajes que me manda.

Porque ella, a su manera, te dice las cosas.

—Yo, es que soy Leo, y a los Leo no hay quien nos pueda, ¿sabes? Somos muy nuestros, muy independientes.

Por eso.

Con ella hay que ir sin agobios. ¿Acaso tiene prisa el universo armónico?